

Rebeldes y aventureros: del Viejo al Nuevo Mundo

Javiera Jaque Hidalgo
Pontificia Universidad Católica de Chile
jsjaque@uc.cl

Eds. Hugo R. Cortés, Eduardo Godoy y Mariela Insúa. Colección Biblioteca Indiana, 12. Pamplona-Madrid-Frankfurt, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2008, 273 pp.

"Rebeldes y aventureros" y "del Viejo al Nuevo Mundo" son las directrices que marcan los tópicos a tratar en las quince ponencias compiladas en el presente libro, a partir del Congreso Internacional celebrado en torno a estos temas los días 18 a 21 de junio de 2007 en Valparaíso. La organización del congreso surge de la iniciativa del GRISO (Universidad de Navarra) y de la Universidad de Valparaíso, teniendo como mentores a Ignacio Arellano (director del GRISO) y a Eduardo Godoy Gallardo (Universidad de Chile-Academia Chilena de la Lengua).

Las ponencias se centran, como el título del congreso anuncia, en el proceso de descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo, conjunto de procesos definidos por los editores del libro como "hecho histórico preciso que posee además validez universal en tanto manifestación del encuentro de culturas" (7). Los trabajos que aquí se recopilan tienen como referentes "documentos de la conquista y del período colonial –cartas, crónicas, historias, autobiografías, relatos de exploradores y viajeros europeos, etc.– como así también la literatura que recrea este período" (7). Los personajes históricos que pueden ser nombrados entre rebeldes y aventureros –o siguiendo la indicación de Alfredo Matus, en un orden semántico inverso que respetaría la sucesión de los hechos en la historia: de aventureros y rebeldes–, moviéndose del Viejo al Nuevo Mundo contemplan a Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Pedro de Valdivia, Alonso de Ercilla, los hermanos Pizarro, Bernal Díaz del



Castillo, Catalina de Erauso y Lope de Aguirre, entre muchos otros. En esta reseña me referiré solo a un grupo de trabajos que, me parece, ejemplifican y desarrollan de manera acabada las temáticas convocadas en este encuentro.

El primero de los trabajos compilados propone un interesante estudio que más que desarrollar un análisis textual específico, pretende mostrar un abanico de personajes que resultan ejemplificadores a la hora de utilizar los apelativos de "rebeldes" y "aventureros". Ignacio Arellano (GRISO-Universidad de Navarra) propone en este ensayo un tema conflictivo que ha tenido lugar en múltiples debates y discusiones en torno a los géneros que caben o que se desarrollan durante los siglos XV, XVI y XVII. Como punto inicial de su estudio titulado "Rebeldes y aventureros del Siglo de Oro en sus autobiografías", establece una diferencia metodológica que da luces a su propuesta de análisis; plantea una diferenciación entre reconocer rasgos autobiográficos en un texto determinado y definir el género propiamente tal, tarea, esta última, más difícil. De las múltiples definiciones del género autobiográfico que presenta de autores como Lejeune, Cassol, Levisi, recojo el comentario del autor de esta panorámica:

Ningún relato, por muy autobiográfico que sea (considerando que en las definiciones del género se insiste en la construcción de un relato objetivo en primera persona), es un informe "objetivo", sino una recreación fabricada y dirigida, a veces con propósitos precisos más o menos prácticos (defensa de conductas, memorial de méritos, confesión moral de desengaño, etc.); y otras como afirmación de

la imagen que el propio autor tiene de sí mismo (Arellano, 12).

Los personajes que Arellano elige para mostrar y analizar ciertos rasgos autobiográficos (más que biografías propiamente tales) son Alonso Enríquez de Guzmán, Catalina de Erauso (la Monja Alférez), Alonso de Contreras, Jerónimo de Pasamonte, Miguel de Castro y Diego Duque de Estrada. Como caso aparte se recoge la famosa carta que enviara como acto de rebeldía contra el rey de España Lope de Aguirre, quien, en palabras de Arellano, "no dejó propiamente una autobiografía, pero cuya vida resumió él mismo en una famosa carta al rey Felipe II" (Arellano, 12). En los textos analizados por Arellano es posible encontrar rasgos testimoniales como veracidad, en el caso de Alonso Enríquez de Guzmán: "Vi lo que escribí y escribí lo que vi" (citado por Arellano, 16). El descontento es otro aspecto que parece común a los aventureros que intentan encontrar una retribución y reconocimiento: "La reclamación constante de premios y mercedes..." (17) por los arduos trabajos realizados al servicio de la Corona. Uno de los casos más interesantes de los aventureros del período es el de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, quien entre las innumerables andanzas vividas en América vestida de hombre, en el sur del continente participa en algunos episodios de la conquista de Chile: "En la batalla de Valdivia contra los indios rescata una bandera y le dan el grado de alférez. Participa en la batalla de Purén" (Arellano, 23).

Otra es la opción de análisis de Andrés Cáceres, de la Universidad de Playa Ancha. En su ponencia, que lleva por título "La *Trilogía de los Pizarros* de Tirso de Molina: la formación del héroe indiano", se

aborda la construcción de un tercer factor que se suma al grupo de rebeldes y aventureros: el "héroe indiano", que se produce en el nuevo contexto americano que permite que el hombre común surja y sea reconocido por sus acciones y no por su cuna. En este sentido, Cáceres destaca la estrategia de Tirso de situar la acción tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo: "El genio creador de Tirso, en la trilogía, está en conciliar la unión de dos mundos, de dos culturas, en un nuevo ser: el héroe indiano, que actúa y conquista ganando lo que merece por su propio esfuerzo" (Cáceres, 40-41). Más adelante Cáceres explica la noción de héroe indiano: "El nuevo ser llamado indiano es el descubrimiento de una nueva expresión de 'lo humano', que se caracteriza por un arquetipo de valor permanente, de valía personal y de la nobleza adquirida por el esfuerzo" (41). La construcción del héroe indiano en esta obra de Tirso de Molina se ve representada en los tres hermanos Pizarro, representando cada uno una determinada etapa en la construcción del mismo: separación, iniciación, retorno. Etapas representadas por Francisco, Gonzalo y Fernando, respectivamente (Cáceres, 51-52).

Julián Díez Torres, de la Universidad de Navarra, desarrolla una lectura crítica de *El Marañón* de Diego de Aguilar y Córdoba a la luz de las nociones teóricas de Bajtín en torno al estatuto de los textos. La noción de la verdad como un acontecimiento de carácter dialógico, según este sustento, se puede aplicar a los hechos históricos. El diálogo presente en los textos coloniales se da entre diversos géneros literarios: "Durante el XVI y XVII, las novelas tomaron sus modelos formales de géneros de no ficción como la historia, las 'relaciones' o las crónicas

de Indias, que suponen un género mixto entre las dos anteriores" (Díez Torres, 55). *El Marañón* (1578) de Diego de Aguilar y Córdoba narra la historia de Pedro de Ursúa por el Amazonas en busca de la región de Omagua y la rebelión de sus soldados los marañones (1560-1561). Para Díez Torres, "este acto de dar a conocer la experiencia de alguien a alguien, es decir, este testimonio, sólo puede tener lugar dentro de un diálogo que el lector recrea durante la lectura, porque -como señaló Bajtín- sólo en el diálogo y no en el 'texto' la palabra puede convertirse en acto" (66). La lectura de un texto comprendida como una acción, como un diálogo, otorga una posibilidad de interpretación; así, "la interpretación dialógica de los hechos históricos permite ir más allá y estudiar cómo la transmisión de la experiencia afecta a la estructura y el estilo de las narraciones históricas" (66).

En otro estudio, Miguel Donoso, de la Pontificia Universidad Católica de Chile, rescata las imágenes de personajes elaboradas por Alonso de Góngora y Marmolejo en su *Historia...*, donde el Chile del siglo XVI aparece, para el autor, como una tierra de aventureros, ya que es visto como posibilidad de obtener gloria y fama, no así oro. De los factores que rescata Donoso de la obra de Góngora Marmolejo, destaca: "Además de la tópica justificación de la solicitud de derechos y privilegios por los años de servicio a la Corona [...], la aparición de estos relatos cumple un importante fin de exaltación y panegírico de los conquistadores españoles, así como de difusión de la mística evangelizadora y conquistadora entre los españoles de este y del otro lado del Atlántico" (Donoso, 72). De esta forma, se destacan distintos valores entre estos hombres como

es el heroísmo y valentía de los combatientes, la valentía de los indígenas, desde el otro lado de la conquista, y las destacadas mujeres que se nombran en la *Historia...*, como doña Mencía de los Nidos. El trabajo de Donoso rescata el valor de hombres y mujeres, "sin hacer distinción entre españoles e indígenas o entre hombres y mujeres" (79). La obra de Góngora Marmolejo se ha caracterizado por la imparcialidad y el afán de verosimilitud y equilibrio en la reconstrucción de los hechos que marcaron los hitos de la conquista; equilibrio que se ve manifiesto tanto en el relato de las hazañas de españoles como de indígenas, así como también en el relato de la gestión de cada gobernador dentro del período que aborda (los años 1536 a 1575). Así, su crónica será una de las más objetivas y realistas que se escribieron en el período colonial en Chile; no existen favoritismos por ninguno de los gobernadores, sino que se ve presente un sentido de justicia que busca destacar las virtudes de todos los que lo merezcan, sobre todo de aquellos que no han recibido mercedes por sus esfuerzos: es el caso de los soldados viejos, que vienen a Chile desde la época de Valdivia y sus trabajos no son reconocidos como merecen. De ahí la necesidad de escribir y registrar lo que no se ha reconocido, como también de denunciar los vicios de quienes están en el poder y obtienen los beneficios de la corona inmerecidamente.

Uno de los personajes más emblemáticos que puede ser nombrado bajo la denominación de aventurero, pero que por sobre todo alcanza el estatus paradigmático de rebelde de la Colonia americana, es Lope de Aguirre. Eduardo Godoy Gallardo, de la Universidad de Chile-Academia

Chilena de la Lengua, analiza la figura del conquistador rebelde desde dos puntos de vista: el del personaje histórico del siglo XVI, Lope de Aguirre, en las crónicas, y el de la relectura del mismo hecha por Ramón J. Sender en su novela *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (1964), escrita en su condición de exiliado en América tras la Guerra Civil española. Los puntos de unión de estos dos elementos se encuentran en su condición de desterrados, tanto de Aguirre como de Sender. La condición de la novela de Sender es la de una "obra en la que se aúnan lo histórico y lo ficticio, como veremos luego, a la vez que es representativa del testimonio americano" (Godoy, 82). Se topan en esta novela el tratamiento de Lope de Aguirre como personaje histórico y literario a la vez en el siglo XX (Godoy, 84). Uno de los atractivos que explican la permanencia en la literatura de este personaje está en las variadas interpretaciones que se tienen de él: "Los juicios sobre Lope de Aguirre son contradictorios, no pasan nunca por alto su carácter violento y tenebroso: para unos, es el *príncipe de la libertad* y un defensor de la independencia de los nacientes países hispanoamericanos; para otros es el *traidor*, el representante de la *ira de Dios*, la encarnación de lo demoníaco (*daimon*) o el prototipo del *asesino por naturaleza*" (85). El contexto en que se sitúa a Aguirre no deja de ser atractivo para escritores de tiempos posteriores, como Sender. Así, "es en este espacio desconocido y enigmático, violento y exuberante en el que se sitúa a Lope de Aguirre" (Godoy, 88).

Más adelante, en el estudio de Andrés Morales, de la Universidad de Chile, se plantea un nuevo punto de vista que cabe dentro de las preocupaciones del género ya tocadas en

otro trabajo (el de Ignacio Arellano). La perspectiva que Morales plantea en su artículo "Visión de Hernán Cortés como personaje histórico y protagonista literario de la *Hernandía*, del novohispano Francisco Ruiz de León", resulta interesante en la medida en que propone otro *corpus* de análisis para la comprensión del período colonial, el cual escapa a los tipos textuales que sustentan la mayoría de los textos que recopila este libro; es ahora la poesía y no las cartas, relaciones o novelas el objeto de estudio. Andrés Morales afirma que "la poesía es la que menos se ha estudiado por aquellos pocos que demuestran interés en establecer lazos entre ambas disciplinas [historia y literatura]. Esto no es de extrañar en absoluto, pues la poesía suele asociarse con una visión siempre subjetiva del mundo, aunque se trate de la épica, que como es sabido, se acerca mucho más a lo que se entiende por narrativo que por lírico" (Morales, 187). Así, el autor sostiene que "asunto también importante es considerar a la poesía como un testimonio del 'espíritu de una época', o bien, de las impresiones que, para bien o para mal, el poeta entrega frente a hechos que ha vivido personalmente o que le han sido referidos por testigos o [...] por la tradición de su pueblo" (187-188).

José Promis (Universidad de Arizona), por su parte, toma la figura emblemática de Caupolicán en una interesante recopilación panorámica que aborda desde la mal identificada estatua en reconocimiento de su persona, hasta las variadas construcciones literarias en torno a él. Es el caso de la escultura de Nicanor Plaza que fue conocida popularmente como "Caupolicán", cuando en realidad era la de "El último Mohicano" (196-197). Todo esto con el afán de "satisfacer la necesidad

histórica de representar mediante un ícono de bronce los valores de identidad nacional que la sociedad chilena ha adjudicado a la figura de Caupolicán" (Promis, 197). Así, Promis hará un completo recorrido por las representaciones literarias que se hicieron de Caupolicán desde la época de la Colonia, teniendo como resultado un fenómeno parecido al que se encuentra en la supuesta escultura del personaje: "Así como la obra de Nicanor Plaza constituye un palimpsesto escultórico, la figura de Caupolicán que hemos heredado de *La Araucana* y de las crónicas virreinales constituye un palimpsesto lingüístico, una imagen que ha adquirido su solidez actual a través de un proceso diacrónico de adiciones, permutaciones, alteraciones y escamoteos discursivos" (197). Los textos abordados van desde el de Vivar, denominado por el autor "genotexto de Ercilla", esto es, la "referencia escrita original que utilizó Ercilla para amplificar poéticamente la figura y la empresa de Caupolicán" (202), hasta el de Góngora Marmolejo, que muestra una imagen desinflada del guerrero, muy distinta de la creada por Ercilla. Mucho más tarde, "en las crónicas dieciochescas, la figura de Caupolicán adquiere definitivamente el carácter de un tópico literario" (212). El recorrido diacrónico de la elaboración textual de Caupolicán nombra a Pedro de Córdoba y Figueroa, con su *Historia de Chile* (1751); Fray Miguel de Olivares, con su *Historia militar...* (1758); Felipe Gómez de Vidaurre, con su *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile* (1789) y Vicente Carvallo y Goyeneche, en su *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile* (1796).

La actitud de los historiadores chilenos decimonónicos será más escéptica de la figura heroica de

Caupolicán. Entre estos aparecen Barros Arana, Crescente Errázuriz y José Toribio Medina. Pero ya en el siglo XX encontramos a Tomás Thayer Ojeda, que ve a Caupolicán como creación poética de Ercilla, o a Francisco Antonio Encina, quien manifiesta un favoritismo hacia Lautaro por sobre Caupolicán. Desde la Colonia, los autores que toman su figura son los ya nombrados Vivar, Ercilla y Góngora Marmolejo, y a ellos se suman Pedro Mariño de Lobera (s. XVI); Alonso de Ovalle, Diego de Rosales y Jerónimo de Quiroga (s. XVII), y Miguel de Olivares y Felipe Gómez de Vidaurre (s. XVIII). Así, José Promis hace una completa revisión de los textos que se han

escrito sobre un personaje histórico colonial presente en el imaginario de los chilenos como un elemento identitario indisoluble.

El recorrido trazado por estos trabajos y el encuentro de ellos en este congreso internacional es de suma importancia para los estudios literarios de la época colonial, pero también para los modelos y tópicos de este período que encontramos en escritores contemporáneos. El análisis, relectura y reescritura de estos temas no solo nos ayuda a entender los cánones y valores literarios de la colonia, sino que también las construcciones políticas, sociales y culturales de nuestro tiempo.